



Universidad Pontificia
de Salamanca

Discurso del Emmo. y Rvdmo. Cardenal Fr. Seán Patrick O'Malley, OFMCap

Doctor *honoris causa* en Teología

Excelentísimo y Magnífico Señor Rector, Excelentísimas e Ilustrísimas Autoridades, Claustro de Doctores, señoras u señores, Hermanas y Hermanas. Paz y Bien.

Permítanme comenzar mi discurso agradeciendo al Rector de esta histórica Universidad Católica el título honorífico que he recibido hoy. Conozco a otras personas que han recibido este gran honor y estar en su compañía es un privilegio que aprecio profundamente.

La Universidad Pontificia de Salamanca ha desempeñado un papel histórico, principalmente en España, pero también en el conjunto de Europa, dentro de la comunidad académica mundial y, particularmente, en su servicio a la Iglesia Católica. Entre sus muchas distintivas características está la contribución de Salamanca al desarrollo del derecho internacional y la teología moral. Con esa contribución en mente, he elegido abordar un tema global apremiante de nuestro tiempo: la migración mundial de personas y el desafío que supone para estados y organizaciones internacionales diseñar una arquitectura de inmigración generosa, humana y efectiva para nuestro tiempo. Estar hoy en esta sala es recordar una época en la que el sistema internacional moderno estaba tomando forma en los siglos XVI y XVII. Es recordar el trabajo de los intelectuales españoles y, en particular, el trabajo de los eruditos dominicos, jesuitas y franciscanos que buscaban preservar una visión moral y jurídica cuando gran parte de la atención en ese momento estaba determinada por intereses materiales y cálculos puramente políticos.

Me presento hoy aquí, no como una voz académica comprometida, sino como un sacerdote, obispo y cardenal cuyo ministerio ha estado vinculado durante cincuenta años al cuidado de los migrantes y refugiados en los Estados Unidos. La Casa Blanca en Washington D.C. se encuentra situada en la calle dieciséis. Yo viví y trabajé durante veinte años en la calle dieciséis, pero en “el otro extremo” de esa calle, ejerciendo mi ministerio en el Centro Católico Hispano donde la mayoría de los feligreses eran indocumentados y prácticamente todos eran inmigrantes hispanos en los Estados Unidos. Unos cincuenta años después, como arzobispo de Boston, me siento llamado por mi experiencia pastoral y por las expectativas de la comunidad católica a abordar la realidad, mucho más amplia y compleja, de la migración, y de las políticas de inmigración en el siglo XXI. De hecho, este es mi segundo discurso sobre este tema en el último año; el otro – similar – lo pronuncié en la Universidad Católica en Washington D.C.

Hoy en día, las estimaciones más recientes de *personas en movimiento* a nivel mundial son de 108,4 millones de personas; en 2023 se estima que 1,9 millones de hombres, mujeres y niños llegaron a Estados Unidos como migrantes. Estas son cifras verdaderamente históricas para el mundo y para cualquier estado. El desafío que plantea la migración hoy es multidimensional en sus aspectos políticos. Pero su significado

más profundo se encuentra en la realidad humana contenida en los datos sobre migración. Es la realidad humana lo que hace de la migración uno de los grandes desafíos morales de nuestro tiempo. En *Fratelli Tutti*, el papa Francisco define la cuestión que nos ocupa: “Cuando el prójimo es una persona migrante se agregan desafíos complejos. Es verdad que lo ideal sería evitar las migraciones innecesarias y para ello el camino es crear en los países de origen la posibilidad efectiva de vivir y de crecer con dignidad, de manera que se puedan encontrar allí mismo las condiciones para el propio desarrollo integral. Pero mientras no haya serios avances en esta línea, nos corresponde respetar el derecho de todo ser humano de encontrar un lugar donde pueda no solamente satisfacer sus necesidades básicas y las de su familia, sino también realizarse integralmente como persona”.

Propongo abordar tres temas: primero, examinar y rendir homenaje al liderazgo del papa Francisco en esta cuestión; segundo, compartir algunas de las experiencias de la Iglesia en los Estados Unidos, donde hemos trabajado para abordar esta crítica emergencia de la migración; y tercero, indicar cómo, desde dentro de Estados Unidos, muchos de nosotros vemos como fundamental el papel que tiene la Unión Europea en nuestro esfuerzo común para responder a la migración global.

I. Papa Francisco: una tribuna para los inmigrantes

Creo que es objetivamente evidente decir que, frente a la migración histórica de los últimos diez años, ninguna voz ha sido más apasionada, ninguna más poderosa en el análisis que la del Santo Padre. Desde el comienzo de su papado en 2013 y hasta este año 2024, ha sido persistente y consistente en su esfuerzo por centrar la atención de los estados, las agencias internacionales y los ciudadanos comunes en la difícil situación de aquellos que se encuentran a la deriva en el mundo sin un camino seguro hacia la seguridad y la estabilidad. A menudo los migrantes han huido de situaciones de conflicto y caos; pero también han partido movidos por la esperanza de un futuro más seguro para ellos y sus hijos. En la mayoría de los casos no tienen patrocinadores ni promesas de un destino seguro. Pero muchos han encontrado un amigo, un pastor, una voz de conciencia y un defensor incondicional en el obispo de Roma, él mismo hijo de padres inmigrantes y ahora en el centro mismo del debate global sobre la política de inmigración.

El ministerio del Santo Padre en favor de los inmigrantes implica tres contribuciones: su presencia entre ellos; su enseñanza sobre ellos; y finalmente su defensa.

Su pertinaz ministerio de presencia entre los migrantes comenzó temprano en su pontificado. En 2013, sólo unos meses después de asumir la Cátedra de Pedro, el papa Francisco hizo su primer viaje fuera del Vaticano. No fue a una importante ciudad italiana ni a una importante capital europea; el viaje fue a Lampedusa, la pequeña isla que, de hecho, sirve como estación de tránsito para migrantes y refugiados que salen de África con la esperanza de ingresar a Europa. Allí, en medio de *personas en movimiento*, ya sea por elección o por coerción, el papa Francisco pronunció una frase que ha utilizado varias veces durante la última década. Ante una catástrofe verdaderamente global, criticó “la cultura global de la indiferencia” que enfrentaban quienes esperaban acceso y acogida en el Norte Global. Lampedusa fue la primera de estas visitas papales; se complementó un año después cuando Francisco, acompañado por el Patriarca Bartolomé de la Iglesia Ortodoxa y por el arzobispo de Canterbury, visitó Lesbos, otro lugar lleno de familias en busca de rescate. Su ministerio de presencia no siempre se ha llevado a cabo viajando. El papa Francisco se ha asegurado de que, en momentos clave, su agenda diaria dentro del Vaticano incluya

y reconozca a personas y familias que tienen estatus de migrantes o refugiados. Además, en sus viajes a diversos países, Francisco dedica tiempo a visitar campos de refugiados o centros de acogida.

Su ministerio de presencia tiene un doble propósito: demostrar lo que Francisco a menudo llama una cultura del encuentro, dándole la oportunidad de expresar apoyo y aliento pastoral, directamente y en persona; y utilizar la capacidad única de su posición como obispo de Roma para permitir que los medios globales recuerden a un mundo observador el estatus de los migrantes y refugiados y la prioridad que tienen en este papado. La presencia de una visita papal, aunque solo dure unas horas, afirma la dignidad de aquellos con quienes Francisco busca estar e invita a ciudadanos y funcionarios de países de todo el mundo a dar la bienvenida a quienes Francisco apoya y por quienes habla. En un último ejemplo de recordatorio al mundo, Francisco encargó un monumento ahora ubicado en el Vaticano que representa y honra a inmigrantes de varias culturas, titulado *Ángeles sin saberlo*.

Al ministerio de presencia del papa Francisco se suma su amplio papel docente sobre la crisis migratoria. El biógrafo papal, Austen Ivereigh, ha recopilado 700 páginas de discursos de Francisco sobre la cuestión de la inmigración. En múltiples ocasiones y mediante eventos anuales como la Jornada Mundial de los Migrantes y Refugiados, el Santo Padre ha vuelto con frecuencia a hablar de la importancia de la inmigración tanto para la Iglesia como para el mundo.

Si bien Francisco no traza líneas claras entre su mensaje a los católicos y al público secular, su enseñanza requiere en algunos casos de una formación católica para captar el impacto total de su posición. Un ejemplo de esta distinción es la forma en que la eclesiología de Francisco, su concepción de la Iglesia, internamente y en el mundo, sirve como fundamento y trasfondo para la posición que sostiene sobre la respuesta a la crisis migratoria.

Desde los primeros días de su pontificado, Francisco ha tenido la intención de transmitir a los católicos su concepción de la Iglesia y su misión y ministerio. Su posición está firmemente arraigada en el Concilio Vaticano II, un concilio cuyo objetivo principal fue renovar y profundizar la teología de la Iglesia. Basándose en los textos conciliares clave, *Lumen Gentium* y *Gaudium et Spes*, Francisco propone tres ideas que iluminan su comprensión pastoral del ministerio de la Iglesia. Primero, a las pocas semanas de asumir la Cátedra de Pedro, Francisco dijo que la Iglesia debería verse a sí misma como un “hospital de campaña”, ubicado en un mundo de múltiples divisiones. No limitó esta imagen al mundo en general, sino que también pareció aplicarla a las divisiones dentro de la Iglesia. Esta imagen transmitía un doble sentido. En primer lugar, representaba una Iglesia abierta a todos, una Iglesia equipada para escuchar, involucrar a los demás y ofrecer voluntariamente su asistencia a través de las fracturas del mundo. Ésta no debía ser una Iglesia “por encima de la contienda”, separada de los problemas del momento. En segundo lugar, las imágenes del “hospital de campaña” también serían, en opinión de Francisco, una forma de unir a los católicos, abordando cuestiones clave que dividían a los miembros de su comunidad.

La segunda imagen eclesial que Francisco ha utilizado es la de una Iglesia centrada en “las periferias existenciales” de la vida. Esta frase no es exclusivamente geográfica; las periferias en esta frase se refieren a aquellas situaciones o condiciones donde la marginación y la discriminación han empujado tanto a individuos como a comunidades a una posición de subordinación en la sociedad; también incluye situaciones de privación material, violando las normas básicas de justicia social.

La tercera imagen que Francisco ha utilizado de múltiples maneras para describir la postura pastoral de la Iglesia es la idea de “acompañamiento”. La imagen aquí es de una Iglesia que puede escuchar además de enseñar, una Iglesia que sostiene, fortalece y apoya a las personas y comunidades en su búsqueda de alcanzar metas específicas y realizar su potencial en la vida.

En conjunto, estas tres imágenes son relevantes en cada una de las tres dimensiones de la inmigración: local, nacional y global. En cada nivel hay un hospital de campaña que mira hacia las periferias de la vida y está listo para acompañar a quienes caminan hacia un futuro más prometedor. Ninguna persona o agencia en la Iglesia puede cumplir todas las funciones, pero el alcance global de la comunidad católica y su estructura vertical, que atraviesa los niveles local, nacional y global, ofrece un potencial que pocas entidades pueden igualar.

Ahora desearía conectar estos comentarios esquemáticos sobre las ideas del papa Francisco con una revisión más completa de lo que él ha llamado la Iglesia a ser por lo que respecta a abordar los temas de la migración y la inmigración.

Si bien las tres imágenes que acabamos de usar son del papa Francisco, su eclesiología más amplia se basa en la *Constitución Pastoral sobre la Iglesia en el Mundo Moderno del Vaticano II (Gaudium et Spes)*. Este texto conciliar buscaba ubicar a la Iglesia directamente en el contexto histórico de un mundo cada vez más interdependiente, unido por la tecnología, la economía y la política, pero que también abarcaba vastas diferencias en gobierno, bienestar material y oportunidades. El papa Francisco ha situado la migración y la inmigración en este entorno histórico y eclesial más amplio.

En primer lugar, la creciente importancia de la migración en sus palabras tomó forma con anterioridad a que fuera identificada por la mayoría de los analistas de la política mundial. Al abordar la realidad en 2014, lo hizo como un desafío emergente que otros solamente respaldaron mucho más tarde. En segundo lugar, Francisco se ha negado a describir la migración en términos negativos: si bien ha reconocido la complejidad del hecho migratorio, en repetidas ocasiones la ha descrito como una oportunidad, tanto para la Iglesia como para el mundo, de construir estructuras de cooperación y crear lo que continuamente llama cultura del encuentro. La oportunidad que plantea la migración sólo puede entenderse si se comprende su realidad humana. Tal y como afirmó Francisco en su posición esencial en 2014: “Emigrantes y refugiados no son peones sobre el tablero de la humanidad. Se trata de niños, mujeres y hombres que abandonan o son obligados a abandonar sus casas por muchas razones, que comparten el mismo deseo legítimo de conocer, de tener, pero sobre todo de ser ‘algo más’”. La dignidad y la humanidad de cada migrante y refugiado ha sido lo que el Papa Francisco quiere que la Iglesia y los estados seculares vean y comprendan sobre el significado más profundo y la importancia de la migración moderna.

A lo largo de los diez años de su pontificado, Francisco ha tratado este tema con diferentes estilos de discurso. En ocasiones, su mensaje ha utilizado el lenguaje de un profeta bíblico moderno, acusando al mundo de una “globalización de la indiferencia”, un tema que adoptó anteriormente y repitió a menudo mientras denunciaba el destino de los migrantes perdidos en el mar, varados en los desiertos, y recibidos con coacciones en las fronteras nacionales. En otras ocasiones su tono y tema han sido los de un estadista, el líder de una comunidad religiosa que tiene estatus diplomático en un mundo de estados: desde la tribuna de las Naciones Unidas, desde el Congreso de los Estados Unidos y desde el Parlamento de la

Unión Europea, Francisco ha utilizado el discurso de los derechos y deberes humanos para pedir una mayor colaboración internacional para satisfacer las necesidades de quienes huyen del conflicto y el caos o simplemente buscan estabilidad y un futuro de esperanza. En otras ocasiones Francisco – con más comodidad– ha utilizado la voz de un pastor, llamando a su propia comunidad a ser una “Iglesia sin fronteras”, dando la bienvenida al extranjero en los diversos países donde los inmigrantes y refugiados buscan ser admitidos.

Cuando el Papa Francisco pasa de su defensa de la dignidad de los migrantes y refugiados a la cuestión operativa más amplia de las recomendaciones políticas, se enfrenta a una realidad bastante compleja. Esta realidad está determinada principalmente por tres factores. En primer lugar, la comunidad humana a la que a menudo invoca vive dentro del marco de estados territoriales soberanos. Un significado básico de soberanía es poseer el derecho y la responsabilidad de salvaguardar tanto el territorio de un estado como su pueblo. En segundo lugar, a pesar de la definición clásica de soberanía, el mundo actual está moldeado por actores y relaciones transnacionales; por definición, estas dos realidades atraviesan a los estados; de hecho, a menudo son bienvenidas por los estados, aunque siempre dentro de los límites impuestos por los estados. En tercer lugar, en un mundo de soberanías y transnacionalidades, actúan muchas fuerzas: el dinero se mueve, los bienes y servicios se mueven, las organizaciones se mueven, pero en este mundo los migrantes y refugiados no se mueven fácilmente. O, para decirlo más directamente, se mueven hasta encontrar las fronteras protegidas por la soberanía. A diferencia de otras realidades transnacionales, los migrantes y refugiados se desplazan sólo con gran esfuerzo o no se desplazan en absoluto. Este triple patrón de la política mundial es lo que plantea un desafío a la visión del Papa Francisco sobre la migración.

Sin dejarse intimidar por la complejidad y decidido a hacer que el camino que recorren los migrantes sea menos desalentador, el Santo Padre tiene dos tipos de propuestas, una global y otra nacional. A nivel mundial, reitera su convicción básica de que los Estados y las instituciones internacionales deben ir más allá del patrón fracturado de la migración y, como él dice, gestionar esta crisis con mayor coordinación y creatividad. Esta recomendación parece evidente: gestionar la migración del mismo modo que se gestionan otras cuestiones transnacionales como el comercio, la política monetaria y el tráfico aéreo. La migración parece ser la excepción; La experiencia de los últimos años muestra que los estados más importantes hacen más hincapié en lo que no están dispuestos a hacer que en lo que aspiran a hacer.

A nivel nacional, las recomendaciones del Papa Francisco son más detalladas. Su propuesta resumida en diez mensajes para la Jornada Mundial anual de los Migrantes y Refugiados se resume en cuatro pasos. Los Estados deben estar preparados para acoger, proteger, promover e integrar a los migrantes y refugiados que buscan acceso a sus países. Esta cuádruple propuesta es ambiciosa en alcance y ejecución. Mi propósito no es analizar su alcance sino brindar ejemplos ilustrativos de cada mandato.

La acogida implica una apertura básica hacia los migrantes y refugiados, junto con políticas efectivas de reunificación familiar y el establecimiento de “corredores humanitarios” para aquellos atrapados en situaciones peligrosas en su viaje. Proteger implica respetar los derechos y deberes de los migrantes y refugiados tal como se encuentran en el derecho internacional humanitario, así como brindar salvaguardias a los menores no acompañados. La promoción implica la protección de la libertad de religión, la provisión de protocolos eficientes para quienes buscan asilo y asistencia para el empleo una

vez que los migrantes y refugiados ingresan a un país. La integración es quizás el mandato de mayor alcance: incluye abrir el camino hacia la ciudadanía plena y, al mismo tiempo, proteger aspectos de la cultura que los migrantes y refugiados traen consigo.

Esta lista sintética de recomendaciones globales y nacionales que el Papa Francisco ha desarrollado a lo largo de los años llama la atención por sus aspiraciones y expectativas concretas.

Este diseño comenzó en el primer año de su papado, tal y como aparece en la Exhortación Apostólica “*Evangelii Gaudium*” (La alegría del Evangelio); se desarrolló en múltiples foros dentro de la Iglesia y en entornos seculares, y ha encontrado su expresión más amplia como visión en la encíclica “*Fratelli Tutti*” (Sobre la fraternidad y la amistad). Allí el Santo Padre expresó no simplemente directivas o recomendaciones sino una concepción que podría sustentar sus propuestas tanto globales como nacionales:

De hecho, el número cada vez mayor de interdependencias y de comunicaciones que se entrecruzan en nuestro planeta hace más palpable la conciencia de que todas las naciones de la tierra comparten un destino común. En los dinamismos de la historia, a pesar de la diversidad de etnias, sociedades y culturas, vemos sembrada la vocación de formar una comunidad compuesta de hermanos que se acogen recíprocamente y se preocupan los unos de los otros.

II. El caso de Estados Unidos: Ministerio Pastoral y Defensa Pública

Con su ejemplo y liderazgo, el Papa Francisco ha establecido el estándar para que las iglesias locales en diferentes países respondan a la crisis migratoria global. En nuestros esfuerzos en los Estados Unidos por seguir el camino que él ha comenzado, nuestros esfuerzos han sido bidimensionales: cuidado pastoral directo de las comunidades de inmigrantes y defensa pública en la sociedad civil. Podría ofrecer aquí una descripción de lo que estamos tratando de hacer, pero pienso que es mejor que otros ofrezcan una evaluación de lo que se ha realizado. Desde una perspectiva histórica, se suele decir que Estados Unidos es un país de inmigrantes. La frase suele referirse al período comprendido entre mediados del siglo XVIII y mediados del siglo XX y la principal fuente de inmigración se originó en Europa. Hay verdad en la frase, pero también limitaciones. A menudo se omite cualquier referencia a aquellas comunidades indígenas de nativos americanos que precedieron durante mucho tiempo a cualquier población europea. A veces no tiene en cuenta la historia de la esclavitud y del proceso mediante el cual la trata de esclavos trajo a los Estados Unidos de forma coercitiva a poblaciones africanas. En ocasiones esta frase no logra describir un doble relato: momentos en que los inmigrantes fueron bienvenidos y momentos en que no lo fueron, particularmente judíos y asiáticos.

La Iglesia Católica suele ser descrita en esta historia como una comunidad de inmigrantes y esa es una afirmación precisa. La historia de la inmigración ha hecho del catolicismo la comunidad religiosa más grande de los Estados Unidos. Actualmente, los descendientes de los inmigrantes se han integrado en todos los sectores de la vida estadounidense y están representados en todo el espectro de la vida económica del país.

Hoy toda esa historia es relevante para poder comprender en qué nos hemos convertido, pero ahora obviamente estamos viviendo un nuevo momento en la vida de la Iglesia y del país. En este nuevo capítulo

el flujo de inmigrantes ya no es de oeste a este, sino de sur a norte. Los países de procedencia dominantes en los últimos años han sido Cuba, Haití, Venezuela y Nicaragua. Pero en mi Arquidiócesis de Boston también tenemos las comunidades brasileñas y ugandesas más grandes de nuestra zona.

Hoy los hispanos son la comunidad de más rápido crecimiento en los Estados Unidos. La Oficina del Censo de Estados Unidos estima que para 2050 la población hispana representará el 30% de la población total de Estados Unidos. Hoy en día, en la comunidad católica, los hispanos representan el 40% de todos los católicos. Brindarles atención pastoral es un desafío importante; Las parroquias son la forma principal de llegar a ellos y estas actividades se complementan con el trabajo de nuestras agencias de servicios sociales como Caridades Católicas y con otros recientes esfuerzos para brindar una educación en escuelas católicas no solo a los católicos, sino también a otras comunidades minoritarias en el área de Boston.

El patrón de cómo las diócesis de todo el país se han visto afectadas por la reciente ola de inmigración y cómo han respondido es muy diverso. Usando Boston como ejemplo, somos la cuarta diócesis más grande del país; en el estado de Massachusetts había más de 25.000 inmigrantes y refugiados recién llegados en diciembre de 2023; el Gobernador tuvo que declarar el estado de emergencia a causa de este nuevo flujo de inmigrantes y ha fijado el límite de acogida en albergues en 7.500 familias; Ya se ha alcanzado ese límite y decenas de familias e individuos permanecen en listas de espera o en alojamientos de emergencia. Caridades Católicas de Boston ha aumentado su oferta de camas de refugio en un 130% en el último año; Otras agencias como la Sociedad de San Vicente de Paúl han trabajado con parroquias para recoger ropa para el invierno. La Arquidiócesis ha ofrecido al estado una lista de edificios que se utilizarán como refugios. Otras organizaciones sin fines de lucro, religiosas y seculares están realizando esfuerzos similares para brindar refugio, alimentos y otros recursos necesarios. El presupuesto estatal estimado dedicado a los inmigrantes en el actual año fiscal es de 800 millones de dólares.

Hasta ahora he intentado resumir cómo nos hemos involucrado pastoralmente en el apoyo espiritual y material. No se vislumbra ninguna señal de alivio de esta crisis migratoria.

Complementariamente a nuestra respuesta pastoral a la crisis migratoria continuamos promoviendo políticas públicas, particularmente políticas de inmigración que sean humanas y eficaces. Este compromiso ha sido liderado durante muchos años por la Conferencia de Obispos Católicos de Estados Unidos (USCCB) con sede en Washington D.C. y que representa a los obispos del país. La cuestión de la inmigración ha sido una preocupación constante de la Iglesia a nivel nacional y local desde mediados del siglo pasado. Si bien la USCCB, a través de la promoción de políticas, testimonios ante el Congreso y contactos con el poder ejecutivo ha intensificado sus esfuerzos durante esta crisis, la inmigración no es una cuestión nueva para nosotros.

Lo que es nuevo es el grado en que la cuestión de la política de inmigración se ha convertido en un tema que divide a nuestro país. Las divisiones son múltiples: entre el Poder Ejecutivo y el Congreso; Dentro del Congreso los partidos están profundamente divididos sobre esta cuestión, y dentro de los partidos hay todavía más fracturas. Más allá de Washington, los estados están abordando el tema de formas diferentes, lo que significa que los obispos se enfrentan a desafíos diversos a nivel diocesano.

Si bien hay muchas causas que contribuyen a esta situación fracturada, la raíz de nuestro problema es la falta de una política nacional coherente en materia de inmigración. Todos los sectores del debate reconocen este vacío político, pero sacan conclusiones muy diferentes de esa acusación. El resultado es que, a medida que el país se acerca a las elecciones presidenciales de noviembre de 2024, la inmigración se ha convertido en uno de los principales temas de la campaña electoral.

La Conferencia Episcopal de Estados Unidos ha trabajado eficazmente para producir una política unificada en todo el país, siguiendo así los esfuerzos de promoción del Papa Francisco, como se señaló anteriormente. Hace un año, en mi discurso ante la Universidad Católica de Washington, resumí los elementos de la política de la Iglesia en los Estados Unidos. Quizás sea útil señalar que un año después, esta política todavía une a los obispos, pero las recomendaciones siguen en gran medida sin cumplirse. Tomando nota de este hecho, creo que la forma más eficaz de ilustrar cómo los obispos de los Estados Unidos van más allá de una crítica de la política existente y proponen un marco para un compromiso renovado en apoyo de una política de inmigración humana y eficaz sea resumir lo que recomendamos y apoyamos.

Primero, el objetivo fundamental ha sido lo que otros han llamado “Reforma Migratoria Integral”. Los elementos comúnmente abarcados por esta frase incluyen los siguientes:

- Una solución a la situación de los 11 o 12 millones de personas sin protección legal – a menudo descritas simplemente como indocumentadas – que han estado en Estados Unidos durante años; su legalización debería incluir un camino hacia la ciudadanía;
- Resolver definitivamente el problema de los “Dreamers” (Soñadores). Estos jóvenes – que suman 3,6 millones – fueron traídos a este país siendo menores de edad, han vivido aquí y contribuyen a nuestra nación, pero no tienen un estatus legal seguro; 600,000 disponen de alguna protección provisional pero que puede revocarse; viven bajo constante amenaza. La protección legislativa es merecida y debería concederse sin más dilación; las medidas deberían incluir a las personas en esta situación que han llegado desde 2007;
- Revisar la situación de aquellos ciudadanos de otros países que ahora se encuentran en los Estados Unidos bajo “Estatus de Protección Temporal” debido a las condiciones en sus países. Es necesaria cierta estabilización de su situación; el sistema actual exige revisiones periódicas y los deja constantemente en vilo respecto a su futuro inmediato;

Al abrazar estos elementos de la Reforma Migratoria Integral, soy consciente de que muchos hoy los consideran no solamente imposibles de realizar sino, tal vez, hasta un obstáculo para obtener objetivos más limitados en nuestro dividido país. Este escepticismo está justificado y yo apoyo cualquier medida limitada que se pueda tomar de inmediato, pero instituciones como la Iglesia tienen el papel de mantener viva la visión de lo que nuestras mejores tradiciones podrían producir si podemos encontrar la voluntad y el camino a seguir en el futuro.

En segundo lugar, más allá de conseguir aprobar alguna versión de Reforma Integral, hay acciones inmediatas que potencialmente podrían ayudar a quienes se encuentran actualmente en nuestras fronteras. A menudo se trata de políticas y procedimientos bien heredados del pasado, o bien que se están considerando actualmente y que exacerban las ya terribles condiciones de los migrantes y refugiados;

- La separación o detención de familias causa daños a largo plazo a los niños; Entiendo que en una crisis a veces se adopten medidas severas; los niños, al menos, deberían ser absolutamente inmunes a convertirse en peones incluso en una crisis; por lo tanto, debemos oponernos enérgicamente a la continuación o el restablecimiento de la detención de familias o la separación de niños y familias;
- La aprobación de la “Afghan Adjustment Act” (Ley de Ajuste Afgana), que proporcionaría un camino directo hacia un estatus legal permanente para quienes ayudaron a las fuerzas estadounidenses en Afganistán y han huido a Estados Unidos en busca de protección;
- Proporcionar alguna garantía de representación legal universal para quienes enfrentan la posibilidad de ser deportados; la complejidad del proceso de asilo requiere orientación profesional;
- Capacitación adecuada y normas de conducta aplicables para todos los que tienen contacto directo con los migrantes en la frontera;
- Reconocimiento, en el debate sobre la inmigración, de un argumento que el Papa Francisco plantea continuamente: los migrantes y refugiados no son principalmente un problema que resolver, sino seres humanos semejantes; son un recurso humano futuro para el país, y en la comunidad económica y empresarial, hoy se les considera potenciales contribuyentes a la escasez de personal en diversos mercados laborales en todo el país.

III. La Unión Europea (UE) y la migración

Habiendo tratado de transmitir el contenido y los desafíos que la migración global presenta a Estados Unidos, mis objetivos deben ser necesariamente modestos cuando me enfoco a analizar la situación en países, culturas y en una institución única - la UE - que no conozco tan bien. Mi propósito no es realizar un análisis detallado, sino ofrecer una perspectiva desde la Iglesia en los Estados Unidos, desde donde vemos el potencial de la UE y las iglesias locales de Europa para ayudar a resolver estos desafíos.

El aspecto dominante de esta perspectiva es la esperanza. Soy realista, pero confío en la UE, sus estados, sus ciudadanos y sus comunidades religiosas porque Europa ha conocido en su larga historia muchos episodios de “gente en movimiento” a través de fronteras, mezclando culturas y compromisos religiosos, pero capaces también de construir unidad en países y estados.

Una de mis fuentes consultadas para este artículo comparó el vasto movimiento de personas dentro de Europa después de la Segunda Guerra Mundial y el movimiento de personas a nivel mundial en la actualidad. Sin duda, hay grandes diferencias en esta analogía, pero también hay verdades que analizar. Europa tiene experiencias y recuerdos que puede aprovechar para enfrentar el desafío de la migración actual.

Los estadounidenses de mi época recuerdan la ansiedad que teníamos mientras observábamos y apoyábamos el proceso que comenzó con la destrucción catastrófica provocada por la Segunda Guerra Mundial y siguió con la reconstrucción de culturas antiguas, primero dentro de cada país, luego en la Comunidad del Carbón y el Acero, más tarde en el Mercado Común Europeo y hoy en la Unión

Europea. En aquellos primeros días de las décadas de 1940 y 1950, observando desde lejos, no había certeza de que una empresa tan histórica pudiera tener éxito. Aquellos de nosotros en la comunidad católica llegamos a conocer los logros de Robert Shuman, Alcide DeGasperi y Konrad Adenauer, pero también de Jean Monnet y luego de la siguiente generación de aquellos fundadores de la Europa moderna. Estos nombres y las instituciones que surgieron de su trabajo se convirtieron en parte de nuestra historia a medida que las relaciones transatlánticas se desarrollaron y crecieron. La historia de Europa pasó a formar parte de nuestro sentido de pertenencia a una gran sociedad.

Sin duda, los desafíos a los que nos enfrentamos como Iglesia y en el mundo de nuestro tiempo son diferentes en tipo, alcance y complejidad. Europa reconstruyó un continente. Muchos de los problemas que enfrentamos hoy tienen un alcance verdaderamente global. Las Naciones Unidas, también una creación de esa época, han tenido que recorrer un camino más complejo que el que ha atravesado la UE. Durante la Segunda Guerra Mundial vimos a la institución de la guerra alcanzar su apogeo de destrucción en Londres, Rotterdam, Dresde y, finalmente, Hiroshima y Nagasaki; hoy el potencial de destrucción - la sombra de un conflicto nuclear- se multiplica por miles. Los países de la UE han construido una economía moderna próspera; Hoy en día, a pesar de los importantes avances en la lucha contra la pobreza absoluta, nuestro mundo todavía enfrenta grandes diferencias en los niveles de vida y el desarrollo económico.

Mi tema de hoy, la migración global, tiene una complejidad y alcance que van más allá de todo lo que vimos en el siglo XX. Simplemente en términos numéricos, esta migración eclipsa a sus predecesoras, pero incluso las cifras no transmiten todo el dramatismo del desafío que enfrenta nuestro mundo. Hoy, a través de los múltiples medios de comunicación, vemos lo que sucede en tiempo real. Diariamente en mi país hay caras nuevas, nuevas esperanzas y nuevos sueños decepcionados en nuestras computadoras, en las noticias de la noche y en los valientes informes de hombres y mujeres que no permitirán que el Norte Global ignore lo que está sucediendo en el Sur Global.

Volviendo a la sección inicial de este artículo, no hay una sola voz más estrechamente asociada con esta realidad del movimiento mundial de familias y niños que el Papa Francisco. Al preparar este ensayo volví a repasar los dos discursos que pronunció en Estrasburgo ante el Consejo de Europa y el Parlamento Europeo. Es de destacar que llegó a ambos órganos en 2014, el primer año de su papado. No tan pronto como a Lampedusa y Lesbos, pero sí muy pronto: una señal del vínculo histórico duradero del Sucesor de Pedro y el pueblo de Europa. En ambas ponencias se destacó el tema de la migración global. Dado que las conferencias en Estrasburgo fueron hace diez años, el tono del Santo Padre tenía un poco menos de urgencia que su descripción de la crisis humana actual. Pero no había duda de que incluso entonces la migración estaba en su lista de desafíos morales más importantes para Europa y más allá.

En ambos discursos, el Santo Padre se refirió en gran medida a la tradición cristiana occidental y al lugar de la Iglesia y de las naciones de Europa en su desarrollo y contenido. Creo que leer estas conferencias a través de la lente de la migración es ver y casi escuchar la convicción y la esperanza del Santo Padre de que Europa aprovechará su herencia de fe y razón para responder creativamente a

quienes están a sus puertas. Como lo expresó en otros escritos: quienes llaman a las puertas de nuestras naciones nos ofrecen en el Norte Global un encuentro con el Dios vivo entre nosotros.

En ambas conferencias, ante el Parlamento y el Consejo de Europa, el Papa Francisco invitó a ambas instituciones a reflexionar sobre la vocación de Europa, el papel que ha desempeñado en el pasado y el papel que puede desempeñar hoy. Como dijo ante el Consejo de Europa: “siento el deber de señalar la importancia de la contribución y la responsabilidad europea en el desarrollo cultural de la humanidad”. Describió el propósito de su discurso ante el Parlamento Europeo como un “mensaje de esperanza y compromiso”, y se centró en la dignidad de la persona humana. Utilizando la lógica de la tradición social católica, ilustró cómo la “dignidad trascendente” de la persona es el fundamento de los derechos humanos que cada persona posee. Luego prometió a los Estados de Europa que la Iglesia seguirá ofreciendo sus enseñanzas e instituciones al trabajo de los gobiernos y la sociedad civil. En este contexto recurrió a las políticas migratorias y migratorias.

Aquí planteó dos puntos complementarios. Primero, con el lenguaje dramático que a veces emplea, dijo: “¡No podemos permitir que el Mediterráneo se convierta en un gran cementerio! Los barcos que desembarcan diariamente en las costas de Europa están llenos de hombres y mujeres que necesitan aceptación y ayuda”. En segundo lugar, sabiamente habló de la siguiente manera al público europeo, que al igual que el público estadounidense, teme verse abrumado por la migración global: “Europa podrá enfrentar los problemas asociados con la inmigración sólo si es capaz de afirmar claramente su propia identidad cultural y promulgar legislación adecuada para proteger los derechos de los ciudadanos europeos y garantizar la aceptación de los inmigrantes”.

Siguiendo al Santo Padre, tanto en mi propio país como en el privilegio de dirigirme a esta audiencia europea, deseo hacer hincapié en la necesidad de abordar la migración global con un espíritu de esperanza, no de miedo, como una oportunidad, no como una amenaza. La esperanza puede motivar y generar un espíritu de creatividad en nuestras leyes y políticas que brindará estabilidad a nuestras sociedades y nos permitirá a todos dar la bienvenida a los extraños como nuestra fe nos pide.

Como se señaló anteriormente, la recomendación general del Papa Francisco es los estados de acogida colaboren en la “gestión” del flujo de inmigración. Hablando con espíritu transatlántico, la directriz debería darnos confianza.

Los estadounidenses y los europeos saben trabajar juntos; lo hemos hecho durante el último siglo en cuestiones de seguridad, cuestiones económicas y cuestiones culturales. Podemos volver a hacerlo cuando las vidas de otros están en juego. Esta es la base de mi esperanza. No es utópico sino realista.

Salamanca, 19 de abril de 2024